

nesto que habia conquistado sobre Adan, derecho en virtud del cual pretendia tratar á todos los hombres como á sus viles esclavos (1).

Pero, dice San Leon, el demonio, por haber perdido el derecho de tiranizar al género humano, no ha depuesto su aborrecimiento y odiosa intencion de hacernos todo género de males; no ha hecho más que cambiar de sistema para dañarnos, pero no ha cambiado la naturaleza de su intencion (2). Aún hoy, despues de la victoria de Jesucristo, los príncipes de las tinieblas son todavía, despues de tantos siglos, como el profeta Ezequiel los habia descrito; es decir, lobos crueles que andan á nuestro alrededor y en medio de nosotros para hacer presa de nuestras almas, redimidas á precio de la sangre de Dios, é inmolarlas á su infernal voracidad: *Principes ejus in medio illius quasi lupi sapientes prædam, ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

Solamente que, como el demonio no podria por sí solo sorprendernos, engañarnos y perdernos, sabe, dice San Juan Crisóstomo, elegir entre los hombres sus ministros y satélites, que secundando sus miras, ejecuten sus planes y acaben su obra; así que esos hombres, lo mismo que el demonio que los inspira, los anima y los lanza entre nosotros, son lobos rapaces que se afanan en la perversion de las conciencias y en la ruina de las almas: *Principes ejus, etc.*

Contra esos satélites del demonio nos exhorta el Señor á guardarnos, cuando nos refiere la parábola de los lobos rapaces cubiertos con la piel del cordero, dándonos señales para que los reconozcamos, y encareciéndonos cuánto nos importa huir de ellos. Así, pues, no debemos perder ninguna de las preciosas instrucciones del Salvador; y entro inmediatamente en materia.

(1) Expolians principatus et potestates, palam triumphans illos in semetipso. (*Colos.*, II.)

(2) Non deposuit odium, sed vertit ingenium. (*S. Leo.*)

DÉCIMANOVENA HOMILIA.

EL SIERVO PRUDENTE Y FIEL,

Ó LAS GRANDEZAS DE SAN JOSÉ.

Quid putas est fidelis servus et prudens quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore. Beatus ille servus, quem cum venerit dominus ejus invenerit sic facientem! Amen dico vobis quia super omnia bona sua constituet eum. (MATH. XXIV.)

¿Quién creéis que es el siervo fiel y prudente á quien su señor puso sobre su familia para que les dé de comer á tiempo? Bienaventurado aquel siervo á quien hallare su señor así haciendo cuando viniere. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes.

Todo es grande, extraordinario, sublime en los tres personajes que componen sobre la tierra la Santa Familia del Salvador del mundo. Despues de la Trinidad celeste, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nada es más misterioso, más augusto que la Trinidad terrestre: Jesucristo, María y José. Jesucristo es Hombre sin dejar de ser Dios, María es Madre sin dejar de ser Virgen, José es esposo sin dejar de ser casto.

Jesucristo es Hijo sin haber tenido padre en la tierra; María es Madre sin haber tenido nunca esposo; José es padre sin haber tenido hijo. Y sin embargo, Jesucristo, sin haber tenido un hombre por padre, es verdaderamente Hijo del hombre; María, sin haber conocido nunca varon, ha sido fecunda; José, sin haber tenido generacion carnal, tiene un Hijo que es Dios.

Divinidad y humanidad en Jesucristo, ¡qué misterio! Maternidad y virginidad en María, ¡qué prodigio! Continencia y paternidad en José, ¡qué arcano!

¿No es posible que parezca que la parte de dignidad y de grandeza en esta augusta é inefable Trinidad es, en lo que toca á José, demasiado pequeña y casi imperceptible? Porque si es

de fe que Jesucristo, es Hijo de María, y María verdadera Madre de Jesucristo; es igualmente de fe que José no tiene parte alguna en esta maternidad, en esta filiacion. Luego si Jesucristo, verdadero hombre es verdadero Hijo de Dios, y María, aunque mujer, es verdadera Madre de Dios; José, extraño á este parentesco divino (1), no es á lo más sino un simple siervo de Dios.

Sí, pero José es un siervo de Dios que se ha mostrado prudente y fiel en la más grande, la más capital de todas las obras de Dios; hé ahí su mérito: *Fidelis servus, et prudens!* José es un siervo de Dios, pero á quien Dios mismo ha constituido jefe de la Santa Familia; hé ahí su grandeza: *Quem constituit Dominus.* En fin, José es un siervo de Dios; pero siervo dichoso entre todos, porque santo y perfecto á los ojos de Dios, fué puesto en posesion de todos los tesoros de Dios: *Super omnia sua;* hé ahí su recompensa.

La parábola del siervo fiel del Evangelio se cumplió exactamente en la persona del grande y bien amado Patriarca San José. Vamos, pues, á intentar hacer la aplicacion de esa parábola, porque si miramos la exacta pintura del mérito, de la grandeza y de la recompensa de San José, encontraremos motivos de inspirarnos una gran afeccion, una gran confianza, una gran devocion hácia San José.

PRIMER PUNTO. Dios lo habia ya dispuesto en sus decretos; los patriarcas lo habian figurado con anticipacion en los acontecimientos de su vida; la ley lo habia expresado y simbolizado en sus ritos; las profecias lo habian anunciado en sus predicaciones: el Redentor del mundo debia nacer de una Virgen, y el futuro nacimiento de la Virgen era una de las universales creencias del mundo.

(1) No es menester dar una extension demasiado grande á la afirmacion de que José es extraño á este parentesco divino. Eso no es verdad más que en cuanto al parentesco carnal; porque puede decirse que si José no ha tenido título á la paternidad, en tanto que estaba ligada á la generacion natural, ha sido revestido de la autoridad y del título de la paternidad en todo lo que es esencial á la constitucion de la familia; ha tenido todos los derechos y los augustos privilegios. Así lo habia comprendido María, y lo proclamaba en estos términos: «VUESTRO PADRE Y YO, desconsolados, os buscamos.» (*Luc.*, II.)

Debía nacer en la tierra sin padre, Aquél que en el cielo habia nacido sin madre; y así, segun San Jerónimo, debía verificarse lo que dice Isaías de su generacion eterna: Y que es única, singular, inefable, incomprendible! *Generationem ejus quis enarrabit!* (1).

Pero si aquella Virgen llegó á ser Madre, fuera del matrimonio, es consiguiente, dice San Ambrosio, afirmar que habia concebido milagrosamente; los judíos carnales no hubieran dejado de suponer que habia querido cubrir así una falta con una mentira, y hubieran condenado á la Madre y despreciado al Hijo. Luego á fin de que la virtud de María estuviese al abrigo de las sospechas, y exento de mancha el nacimiento de Jesucristo, el honor de la Madre y la dignidad del Hijo exigian que la Virgen que debia darlo á luz tuviese un esposo (2).

Pero la Madre del Mesías necesitaba un esposo que, al consentir unirse á Ella por un lazo santo y legítimo, estuviese dispuesto á vivir castamente; un esposo que no fuese más que el guardian y el testigo de la virginidad inmaculada de su Esposa. Dios necesitaba un siervo fiel, pero con una fidelidad escrupulosa, delicada, heróica, sublime, perfecta: *Fidelis servus!* ¿Y dónde encontrar ese siervo fiel; no digo en el mundo idólatra tan corrompido y corruptor, sino aún en el seno de la nacion judía, donde cada uno aspiraba al honor de ser el padre del Mesías, y donde los padres sin posteridad eran mirados como malditos de Dios? Este esposo raro y único, este hombre sobrehumano, dotado de una virtud hasta entónces desconocida en el mundo, este hombre, prodigio de virtud, cooperador fiel en la tierra del gran designio de la Encarnacion, decretado por toda una eternidad en el cielo, Dios, dice San Bernardo, lo encontró en San José (3).

La fidelidad de José se mostró entónces en la fácil obediencia

(1) *Is.*, LII.

(2) *Ut de desponsata nasceretur* (S. Ambrosio). Así, pues, continúa este santo doctor, las palabras de María son dignas de todo crédito, no existiendo razon para la mentira. Teniendo esposo no tenía motivo para mentir, puesto que la fecundidad de la mujer es la bendiccion y la gloria del matrimonio. *Fides Mariæ verbis asseritur, et mendacii causa removetur. Causam metiendi desponsata non habuit, cum gratia nuptiarum partus sit feminarum.*

(3) *Solum in terris magni consilii coadjutorem fidissimum.* (S. Bern.)

con que, por inspiracion divina, abrazó el santo propósito de la virginidad: *Fidelis servus*. María, desde que escucha al ángel anunciarle que concebiria y pariria un Hijo (1), responde sin vacilar: ¿Cómo puede ser eso, si no conozco ni he de conocer varon? (2). Pero María estaba unida á José por los lazos del matrimonio. El ángel fué enviado á una Virgen que pertenecia á un esposo llamado José (3). Segun San Pablo, la esposa no tiene el libre dominio de su cuerpo, porque lo ha cedido á su esposo (4). Luego si María pudo decir con tanta seguridad: «No puedo tener hijos», dió claramente á entender, dice San Jerónimo, que no solamente tenía conciencia de su propio voto de virginidad perpétua, sino que tenía tambien la certeza de igual voto por parte de José. Por consiguiente, cuando José pidió para Esposa á María, debió Ésta, segun los Santos Padres y los intérpretes, declararle que habia consagrado á Dios su virginidad, haciendo José igual declaracion por su parte; y llegando así á ser el uno para el otro objeto de mística edificacion y admiracion, é inspirados por el Espíritu Santo, celebraron su casamiento con la confianza y la certeza de que el sagrado depósito se conservaria intacto, y que con un mutuo respeto quedarian puros, castos y fieles á su santa promesa. María y José, dice San Agustin, tuvieron, pues, un comun deseo de vida pura, una comun inclinacion por la continencia, una comun voluntad por profesar la virginidad (5).

Así fué como en tiempos de tanta corrupcion, el Espíritu Santo hizo comprender al corazon del fiel siervo José y de la fiel sierva María, la grande é inefable palabra de la virginidad, ántes que Jesucristo se la hiciese oír; y ambos se dedicaron dócilmente y se consagraron á esta sublime virtud ántes que el mundo hubiese conocido su valor; levantaron el glorioso estandarte, abrieron el camino ántes de prometerse la recompensa.

No es, pues, el poder de la inclinacion, sino la simpatía de la virtud, la que aproxima estas dos almas generosas; no es la naturaleza quien las une, sino la gracia; no es la pasion, sino la

(1) Ecce concipies et paries filium. (*Luc.*, 1.)

(2) Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco. (*Ibid.*)

(3) Ad Virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph. (*Luc.*, 1.)

(4) Mulier potestatem sui corporis non habet, sed vir. (*II Cor.*, VII.)

(5) Habuit Joseph cum Maria communem virginitatem. (*S. Aug.*)

religion quien verifica esta union celestial y divina, quien la consagra y la perfecciona. La virginidad forma la base y el fundamento de sus santos *esponsales* (1).

En los demas casamientos, la virginidad queda formalmente excluida; en éste formalmente estipulada, y luégo observada fielmente. Si María no hubiese resuelto permanecer Virgen, no hubiera sido proclamada Madre de Dios, porque Éste no podia tener más que á una Virgen por Madre. Por esto, si José no hubiese formado el mismo propósito y no hubiese sido igualmente fiel, no habria podido ser el esposo de María, porque Ésta no podia tener más que un esposo virgen.

En los demas casamientos, de dos cuerpos se forma uno, de dos carne una sola. En éste las virtudes se entrelazan con las virtudes, las gracias con las gracias, y de dos espíritus más que angélicos, se forma, dice San Agustin, un solo espíritu (2). Así esta union fué más bien la union de los corazones que la aproximacion de los cuerpos (3). Y segun el delicado pensamiento de Gerson, se vió por la primera vez en el mundo casarse la virginidad con la virginidad (4). Fueron como dos piedras preciosas que se unen sin perder su valor; como dos rayos de luz que se encuentran sin perder su claridad; dos lirios que se entrelazan sin perder su candor; y de allí salió la Flor de Nazareth, que no puede vivir más que entre lirios, pues Jesucristo nació de la virginidad de María y al abrigo de la virginidad de José.

José, pues, siervo fiel, por haber llevado, segun inspiracion divina, la virginidad al matrimonio, no fué ménos fiel en conservarla. Ama á María, no por los encantos de su persona, sino por el prodigio de sus virtudes; no porque es bella, sino porque es

(1) En los demas casamientos hay entre los esposos perfecta comunidad de bienes; en éste, como en la union de Jesucristo con la Iglesia, hay transmision de gracias y virtudes. José consueta á María con su asistencia; María lo ennoblece y enriquece con su gracia. José alimenta á María con su trabajo, con el sudor de su frente; María lo santifica con el esplendor de sus virtudes. La sumision de María es humilde; la autoridad de José es respetuosa. María honra á José como jefe de la Familia; José la venera como Depositaria del misterio celeste.

(2) In ego conjugio unus spiritus erat in eis, sicut in aliis una caro. (*S. Aug.*)

(3) Conjuges fuerunt mente, non carne. (*Ibid.*)

(4) In eo conjugio virginitas nupsit. (*Gerson.*)

pura; y si la ama tiernamente porque es su Esposa, la ama mucho más porque es Virgen. Una sola prueba bastará para convencernos de la fidelidad y miramientos con que José supo respetar la virginidad de su Esposa.

Cuando el ángel viene á saludar á María, esta inocente Virgen se turba, ruboriza y tiembla (1). ¿Cuán profunda, inmutable y perfecta debia, pues, ser la confianza de María en la fidelidad con que José respetaba su pudor, cuando se la ve tímida y alarmada por su pureza en presencia de un ángel, y sin embargo, vivia constantemente en compañía de este hombre, estaba siempre cerca de él, habitaban bajo el mismo techo, se sentaban á la misma mesa, dormian en la misma habitacion, y vivian en la mayor familiaridad, sin aprension, sin el temor más leve por su virginidad, constituyéndose sin reserva alguna bajo su dependencia con la mayor tranquilidad, con todo abandono, con seguridad perfecta? ¿María no debia pensar, no debia creer que su José era más que un ángel de pureza? Así se cumplió el gran prodigio profetizado por Isaias. El esposo jóven habitará con la Esposa Virgen, y vivirán juntos en las delicias del pudor, de la gracia, de la virtud, sin que el uno sea para el otro un escollo ó un peligro: *Et habitabit juvenis cum virgine; et gaudebit sponsus super sponsam* (2). No hay duda, dice Nicolas de Lyra, que aquel jóven y aquella Virgen son José y María (3).

Con semejante fidelidad para guardar la fidelidad de su Esposa, José, dice San Agustin, era para María como si no lo contase en el número de los vivos (4). Por esa especie de muerte espiritual que él se habia impuesto, María habia quedado libre para unirse de una manera misteriosa é invisible á su divino Esposo el Espíritu Santo, y desde entónces la virtud del Omnipotente podia descender á Ella y formar en su seno virginal, con su purísima sangre, el cuerpo de Jesucristo, consumando el gran misterio, esperanza de todos los siglos.

Mientras que el Espíritu Santo, por su virtud divina, pero invisible, supliendo el defecto de una esterilidad meritoria, hace invisiblemente fecunda á la Esposa Virgen, José, bajo el velo

(1) Turbata est. (*Luc.*, 1.)

(2) *Is.*, LXII.

(3) *Juvenis eum virgine, idest, Joseph cum María.* (*Lyranus.*)

(4) *Propter virginitatem Joseph pro mortuo reputabatur.* (*S. Aug.*)

de unos santos *esponsales*, como esposo visible, pone á cubierto el honor del Hijo y la reputacion de la Madre; mientras que el Espíritu Santo eleva á María hasta Dios, José la defiende y la guarda su honor á los ojos de los hombres. El prodigio de una Virgen que concibe sin perder su virginidad estaba sobre las leyes de la naturaleza, y era menester un Dios para verificarlo; pero precisamente porque está fuera de toda creencia humana, era menester un hombre fiel para ocultarlo; el Espíritu Santo es el autor del misterio que se cumple; José, el guardian que lo cubre con un velo; es el ángel colocado á la puerta del verdadero paraíso terrestre para guardar con santo celo la entrada; es como la sagrada nube que descende ante el santuario, como la cortina del templo que oculta á las miradas profanas la verdadera arca de la alianza, el verdadero tabernáculo de Dios entre los hombres.

¡Oh siervo verdaderamente fiel, que por vuestro pudor sin mancha, por vuestra severidad celosa en guardar la virginidad de la Esposa del Espíritu Santo, llegasteis á ser el cooperador visible del más grande de los misterios de Dios! (1).

José, tan escrupulosamente fiel, muestra ademas una prudencia heroica en la circunstancia más delicada: *Fidelis servus et prudens!* María fué Madre sin dejar de ser Virgen; pero José ignora cómo se ha operado en Ella tan grande y prodigioso misterio. ¿Cuán grande no fué su sorpresa, su estupor y su consternacion! ¿Cuál no debió ser su cruel perplejidad cuando se apercibió que su santa Compañera llevaba en su seno fecundado un fruto que no podia creer perteneciese á la tierra, y que no sabia fuese obra del cielo? ¿Cuántos pensamientos, cuántos juicios brotan en su espíritu! ¿Qué embarazo, qué angustia! ¿Qué resolucion, qué partido tomar? Ve, dice San Pedro Crisólogo, que María lleva en su seno el signo de la fecundidad, y en su semblante el rayo celeste de la virginidad; ve que es Madre sin haber perdido nada de su virginal pudor, la ve respetando el fruto de su concepcion, pero tranquila y serena, con la conciencia de su integridad (2).

Piensa entónces en que ha sido un testigo constante, en la pu-

(1) *Solus in terris magni consilii cooperador fidissimus.* (*S. Bern.*)

(2) *Sponsa prægnaans sed virgo; plena pignore, sed non vacua pudore; de conceptu sollicita, et de integritate segura.* (*S. Petr. Chrys.*)

reza sin tacha de María, en la santidad de sus afecciones, en la modestia de su mirada, en la severa circunspeccion de su lenguaje, en el pudor de sus maneras, en la gravedad de su continente, en su celosa vigilancia por Ella misma, en su amor al retiro, en su constante recogimiento, en su espíritu de oracion, en su fervorosa piedad. No se fija en las apariencias; no se abandona á juicios precipitados, á suposiciones injuriosas, á inquietudes insultantes; no reconviene ni se deja llevar de los ciegos transportes de un amor que se cree engañado; sino que, dice San Juan Crisóstomo, creyó en la idea de la santidad que María le habia inspirado, en vez de abrigar las siniestras ideas que naturalmente parecia sugerirle el testimonio de sus ojos. Quiso mejor presumir en María un milagro de la gracia que una fragilidad natural; supuso más fácilmente que una virgen podia ser madre sin el concurso del hombre, que no que la virtuosa María fuese culpable (1).

Bien léjos de eso, segun Remi d'Auxerre, José, que era el hombre más versado en el conocimiento de las Santas Escrituras, sabiendo que el Mesías, segun los oráculos de los Profetas, debia nacer de una Virgen, y que habia llegado el tiempo de que así sucediese, con el testimonio que sus ojos le daban de la pureza de María, creyó que, si el Mesías debia nacer de una Virgen, María solamente podia ser su Madre (2).

Con esta persuasion, Dios no quiso que José pidiese á María la explicacion de un secreto que no podia negar ni comprender, porque una sola pregunta podia parecer una sospecha, y una sospecha sobre materia tan delicada hubiera hecho enrojecer á la más pura de las vírgenes, traspasándola de dolor. Dios no quiso que consultase á nadie sobre un asunto tan delicado, con riesgo de que se pusiese en duda la fidelidad de su Esposa, ó á dejar la decision al juicio de la sinagoga, exponiendo á ser condenada á la que creia inocente y más pura que él mismo; hombre justo en el más alto grado, le horroriza la idea de que María fuese víctima

(1) Credidit plus castitati, quam utero, plus gratiæ, quam naturæ. Conceptionem manifeste videbat, fornicationem suspicari non poterat. Possibilis credebat mulierem sine viro posse concipere, quam Mariam posse peccare. (S. Joan. Chrys.)

(2) Videbat gravidam quam noverat castam; non diffidebat prophetiam in ea esse impletam: Ecce virgo concipiet. (Remig.)

de una injusticia (1). Y así como no creia poder denunciar á María sin cometer una injusticia, no creia tampoco, dice San Juan Crisóstomo, poder habitar con Ella sin faltar á la humildad debida. ¿Quién soy, se decia, para osar tener cerca de mí como Esposa, para atreverme á tratar con la familiaridad de un esposo á la Madre augusta de mi Dios? ¡Ah! Yo no soy bastante puro, bastante justo y santo para habitar bajo el mismo techo que una Criatura tan santa y tan sublime (2). ¿Qué hizo, á qué se resolvió? Decidió partir, dejando en manos de Dios su reverenciada Compañera; pero esta resolucion la ocultó, sin dar á nadie parte de ella (3). ¡Oh hombre, dice San Jerónimo, en quien es tan grande la prudencia de espíritu característico de la santidad como heroica la fidelidad del corazón: *Fidelis servus et prudens*. La reserva con que José, seguro de la castidad de su Esposa, la puso al abrigo del deshonor, sin dejar de admirar el prodigio y guardando el secreto del misterio, es el mejor testimonio de la virginidad de María (4). José no quiere, pues, dice Origenes, repudiar á María como culpable; quiere separarse de Ella por respeto; su resolucion no es un acto de celos ni el castigo de una infidelidad presumida, sino un acto de profunda humildad hácia tan incomprendible y gran misterio, y bajo esta impresion se creyó indigno de la sociedad de María, en quien veia cumplido el augusto misterio de la encarnacion del Verbo (5).

¡Cuán dulces son las palabras con que el ángel disipa el reverente temor que ha despertado en el corazón de José su excesiva humildad! «Oh José, hijo de David, no tengais ninguna aprension por estar cerca de María, que se os ha unido como Esposa» (6). Lo cual fué como haberle dicho: «José, es verdad que María ha concebido por obra del Espíritu Santo; pero ese mismo

(1) Cum esset justus et nollet eam traducere. (Matth., 1.)

(2) Major est ejus dignitas; superexcellit ejus sanctitas nec meæ congruit indignitati. (S. Joan. Chrys.)

(3) Voluit occulte dimittere eam. (Matth., 1.)

(4) Hoc testimonium Mariæ est quod Joseph sciens illius castitatem et admirans quod evenerat, celat silentio cujus mysterium nesciebat. (S. Hieronimus.)

(5) Ideo dimittere volebat quoniam magnum sacramentum in ea esse cognoscebat, cui approximare se indignum existimabat. (Orig.)

(6) Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam. (Matth., 1.)

Espíritu divino, al derramar sus riquezas en un Tesoro que os pertenece, no ha querido privaros de la ventaja de poseerlo; al hacer á María la Madre del Salvador, no quiere que deje de ser vuestra Esposa. Os la da Él mismo por Esposa, y confirma el dón; fué vuestra, y no dejará de perteneceros. El Dios que os la dió por Esposa, no solamente la deja, sino que la confía á vuestra piedad; la tomasteis por la religion, y en nombre de la religion; léjos de exigir de vos que os separeis de Ella, os obliga á conservarla (1). Ahora que María es Madre, necesita un esposo que cubra su honor y alimento á su Hijo.

El ángel pronuncia estas palabras en nombre de Dios que lo envía; y al mismo tiempo que son una revelacion que calma las alarmas de José, son la manifestacion de un privilegio que lo ennoblece, son la solemne investidura que Dios concede á José como jefe y superior de Jesus y María, de la verdadera y augusta Familia de Dios sobre la tierra. Así José no es solamente el siervo prudente y fiel, sino afortunado, encargado de su divina Familia para alimentarla y gobernarla, en lo cual consiste su grandeza: *Quem constituit Dominus super familiam suam.*

¿Qué dignidad más ilustre, qué grandeza más sublime pudiera imaginarse que aquella á que fué elevado José al ser elegido para alimentar á la Santa Familia de Dios, María y Jesus? *Ut det illis cibum in tempore.*

Como el verdadero esposo de María, quien la hizo madre del Verbo, fué el Espíritu Santo, Esposo invisible, María sin José hubiese estado visiblemente como viuda; y como el verdadero Padre de Jesucristo es el Padre Eterno, Padre invisible que lo engendró de su sustancia, Jesucristo sin José hubiese estado visiblemente huérfano. Á él fueron, pues, dirigidas las palabras de la profecía: Á vos se os ha confiado el cuidado del pobre, es decir, de Jesus; á vos que seréis el protector y el apoyo del huérfano (2).

Á todos los cristianos se les ha ordenado alimentar y sustentar á Jesucristo en la persona de los pobres; á José solamente se le confió el cargo de sustentarlo y alimentarlo en la persona de su Madre y en su propia Persona. ¡Oh ministerio sublime y

(1) Ne timeas accipere tuæ religiositati creditam. (Orig.)

(2) Tibi derelictus est pauper; orphano tu eris adjutor. (Ps. x.)

más que angelical, el de ser como la Providencia visible en Dios, con respecto á la Madre misma de Dios y del mismo Hijo de Dios, pobre y huérfano por amor del hombre!

Los ángeles velan junto á esta Santa Familia para honrar invisiblemente á María como á su Reina, y adorar invisiblemente á Jesucristo como á su Dios. El Espíritu Santo colma secretamente con sus gracias y dones á María. El Padre Eterno prodiga su secreta ternura á su Hijo bien amado. Pero á José se le ha confiado el cuidado de socorrer, de sustentar, de rodear de toda clase de atenciones, de todas las solicitudes de una tierna afeccion la vida corporal del Hijo y de la Madre de Dios: *Ut det illis cibum in tempore.*

Despues de haber sido el verdadero Obededom conservando la verdadera Arca de la alianza, la Virgen María, ha sido tambien el verdadero José, quien ha tenido en reserva la verdadera fuente contra la sequía, el verdadero pan de los elegidos, destinado á satisfacer al universo entero en el hambre universal. Ha sido el verdadero Abraham, que ha alimentado al verdadero Isaac, la verdadera víctima en el tiempo en que debia ser inmolada.

¡Oh sublime misterio! ¡Funcion más que angélica la de ser así como la Providencia visible de Dios, para con la Madre y el Hijo de Dios!

Atended bien á esta expresion: *Puesto sobre su familia*, que expresa, no solamente los cuidados ministeriales de un siervo, sino la autoridad y el mando como jefe y señor dados á José sobre la Familia de Nazareth.

Depositario del amor y de la providencia invisible del Espíritu Santo con respecto á María, y del Padre celeste con respecto á Jesus, fué el representante de su autoridad con respecto á la Virgen hecha Madre del Verbo encarnado (1).

Más dichoso que el antiguo, este nuevo José no fué solamente establecido por el Rey del universo, primer ministro y siervo, sino príncipe y señor supremo, y jefe de la augusta Familia que el Rey de los cielos se habia formado en la tierra; y eso, no solamente para alimentarla con su penoso trabajo, cuidarla y consolarla con su ternura, sino para dirigirla con su prudencia, gobernarla con una verdadera autoridad, puesto que fué menester

(1) Dedit ei sollicitudinem et auctoritatem patris.